toridad política, consecuencia inevitable de la destruccion de la autoridad católica. Esta destruccion es la última espresion del principio revolucionario de la moderna democracia, y de lo que se llama hoy dia la *soberanía del pueblo;*

3.° La destruccion de la sociedad, es decir, de la organizacion que recibió de Dios: de otro modo; la destruccion de los derechos de la familia y de la propiedad en provecho de una *Abstraccion*, que los doctores revolucionarios llaman el *Estado*. Es, por último, el socialismo, fin principal de la Revolucion perfecta, rebelion postrema, destruccion del último derecho. En este grado, la Revolucion es, ó más bien sería, la destruccion completa del órden divino en la tierra, y el reinado perfecto del demonio en el mundo.

Formulada por la vez primera por J. J. Rousseau, y luego en 89 y 93 por la Revolucion francesa, la Revolucion se mostró, ya en su orígen, como la enemiga implacable del cristianismo. Sus furiosas persecuciones contra la Iglesia recuerdan las del paganismo. Ella sacrificó Obispos, asesinó sacerdotes y toda clase de católicos; cerró ó destruyó templos; dispersó las órdenes religiosas, y arrastró por el fango las cruces y reliquias de los Santos. Su rabia se estendió por toda Europa; rompió todas las tradiciones, y hasta llegó á creer un momento haber destruido el catolicismo, al cual llamaba con desprecio una supersticion antigua y fanática.

Sobre este monton de ruinas ha levantado un nuevo régimen de leyes ateas; de sociedades sin religion; de pueblos y reyes *absolutamente* independientes. Desde hace sesenta años va dilatándose más y más; crece y se es-

tiende en el mundo entero, destruyendo por do quiera la influencia social de la Iglesia, pervirtiendo las inteligencias, calumniando al clero, y minando por sus cimientos el gran edificio de la fe.

Bajo el punto de vista religioso, la Revolucion puede definirse del modo siguiente: La negacion legal del reino de Jesucristo en la tierra; la destruccion social de la Iglesia. Combatir la Revolucion es, por lo tanto, un acto de fe, un deber religioso de la mayor importancia. Obrando así, se obra además como buen ciudadano y hombre de bien, pues se defiende la pátria y la familia. Si los partidos políticos de buena fe, y que conservan su honra, la combaten bajo sus puntos de vista, nosotros los cristianos, debemos combatirla bajo los nuestros, que son mucho más elevados, pues defendemos aquello que amamos más que nuestra vida.

III.

La Revolucion, hija de la incredulidad.

Para juzgar á la Revolucion basta saber si cree ó no en Jesucristo. Si Cristo es Dios hecho Hombre; si el Papa es su Vicario; si la Iglesia es obra suya y tiene su mision: claro está que tanto las sociedades como los individuos deben obediencia á los mandamientos del Papa y de la Iglesia, que son los mandatos de Dios mismo.

La Revolucion, que pone por principio la independencia absoluta de las sociedades para con la Iglesia, es decir, la separacion de la Iglesia y del Estado, declara por eso solo que no cree en el Hijo de Dios, y es juzgada de antemano segun las palabras del Evangelio.

Resulta, pues, que la cuestion revolucionaria es tambien una cuestion de fe. Cualquiera que crea en Jesucristo y en la mision de su Iglesia, no puede ser revolucionario, si es lógico, y cualquier incrédulo, cualquier protestante, dejará de serlo si no adopta el principio apóstata de la Revolucion, y no combate á la Iglesia bajo su bandera. En efecto, la Iglesia católica, si no es divina, usurpa de un modo tiránico los derechos del hombre.

Jesucristo, ¿es Dios? ¿Le pertenece el poder infinito en el cielo y en la tierra? Los Pastores de la Iglesia y el Sumo Pontífice á su cabeza, ¿tienen ó no tienen por derecho divino la mision de enseñar á todas las naciones y á todos los hombres lo que es preciso hacer ó evitar para cumplir la voluntad de Dios? ¿Existe acaso un hombre, príncipe ó vasallo; existe una sociedad que tenga el derecho de rechazar esta enseñanza infalible, ó de sustraerse á esta alta direccion religiosa? Ahí está todo. Es una cuestion de fe, de catolicismo. El estado debe obediencia al Dios vivo, lo mismo que la familia y el individuo. Es cuestion de vida, tanto para el uno como para el otro.

IV.

Quién es el verdadero padre de la Revolucion, y cuándo nació esta.

Hay en la Revolucion un misterio; un misterio de iniquidad que los mismos revolucionarios no pueden comprender, porque solo la fe puede esplicarlo, y á ellos les falta la fe.

Para comprender la Revolucion es preciso remontarse hasta el padre de toda rebeldía; hasta aquel que el primero se atrevió á decir y tiene la osadía de repetir hasta la

consumacion de los siglos á su Dios y Señor: *Non serviam:* Yo no obedeceré.

Sí; Satanás es el padre de la Revolucion. Esta es obra suya, comenzada en el cielo, y que viene perpetuándose entre los hombres de edad en edad. El pecado original, por el cual nuestro padre Adan se rebeló contra Dios, introdujo en el mundo, no diré absolutamente la Revolucion, pero sí el espíritu de orgullo y de rebeldía, que son su principio: desde entonces el mal fué aumentando cada dia hasta la aparicion del cristianismo, que lo combatió y obligó á retroceder.

El renacimiento pagano, más tarde Lutero y Calvino, y en fin, Voltaire y Rousseau, han vuelto á enaltecer el poder maldito de Satanás, su padre, y este poder, favorecido por los excesos del cesarismo, este poder recibió en los principios de la Revolucion francesa una especie de consagracion, una constitucion que no habia tenido hasta entonces, y que hace decir con justicia que la Revolucion nació en Francia en 1789.

En 1793 decia el feroz Babœuf: «La revolucion de Francia no es más que la precursora de otra revolucion mucho más grande, mucho más solemne, y que será la última.»

Esta revolucion suprema y universal es la Revolucion. Por primera vez despues de seis mil años ha tenido la osadía de tomar á la faz del cielo y de la tierra su verdadero y satánico nombre: *La Revolucion;* que es como decir *rebeldía completa y perpétua.*

Ella tiene por lema, como el demonio, la famosa palabra *Non serviam.* Es satánica en su esencia, y aspirando á derribar todas las autoridades, tiene por fin postrero la destruccion total del reino de Jesucristo en la tierra. La Revo-

lucion, no hay que olvidarlo, la Revolucion es ante todo un misterio del órden religioso, es el ANTICRISTIANISMO.

Así lo hace constar en su Encíclica de 8 de Diciembre de 1849 el Soberano Pontífice Pio IX: «La Revolucion, dice, es inspirada por el mismo Satanás. Su objeto es destruir completamente el cristianismo, y reconstituir, sobre sus ruinas, el órden social del paganismo.» Amonestacion solemne, confirmada al pié de la letra por la Revolucion misma. «Nuestro objeto final, dice la Instruccion secreta de la *Venta Suprema*, nuestro objeto final es el mismo de Voltaire y de la Revolucion francesa: Aniquilamiento y destruccion completa del catolicismo, y hasta de la idea cristiana.

V.

¿Quién es el antirevolucionario por excelencia?

Es Nuestro Señor Jesucristo, en el cielo, y en la tierra, el Papa, su Vicario. La historia del mundo es la historia de la lucha gigantesca entre los dos jefes de ejército.

De una parte, Jesucristo con su Santa Iglesia; de la otra, Satanás con todos los hombres que pervierte y reune bajo la bandera maldita de la rebelion. El combate fué terrible en todos tiempos; nosotros vivimos en una de esas épocas más peligrosas, que es la de la seduccion de las inteligencias y de la organizacion de aquello que, delante de Dios, no es más que desórden y mentira.

El Papa y la Iglesia se encuentran ahora, como siempre, sobre la brecha defendiendo la verdad y la justicia, para con todos y contra todos, aborrecidos de muerte por los revolucionarios de toda clase, cuyas tramas y proyectos perversos descubren y desbaratan.

Uno de nuestros más ilustres Prelados, estando para morir, hizo ver ya en otro tiempo el ódio y los proyectos de la Revolucion contra el Soberano Pontífice. «El Papa, escribia con mano trémula, el Papa tiene un enemigo, la Revolucion; ese enemigo implacable, cuyo furor no pueden mitigar los mayores sacrificios, y con el cual es imposible transigir. Al principio solo se pedian por ella reformas; hoy ya no la bastan estas. Quitad á la Santa Sede la soberanía temporal; mutilad la obra admirable que Dios y la Francia acabaron hace más de mil años; echad pedazo á pedazo en manos de la Revolucion todo el patrimonio de San Pedro, y aun con esto no habreis satisfecho, no habreis desarmado á la Revolucion. La ruina de la existencia temporal de la Santa Sede, más bien que un fin, es un medio para llegar á una destruccion mayor.

»La existencia divina de la Santa Sede y de la Iglesia, eso es lo que se quiere aniquilar, y de tal manera, que ni aun vestigio quede de ella. ¿Qué importa, al fin, que la débil dominacion cuyo asiento es Roma y el Vaticano, quede circunscrita en límites más ó ménos estrechos? ¿Qué importan Roma y el Vaticano? Mientras que haya sobre la tierra, ó debajo de ella, en un palacio ó en una mazmorra, un hombre delante de quien se prosternen doscientos millones de hombres como delante del representante de Dios, la Revolucion perseguirá á Dios en este hombre. Y si acaso en esta guerra impía no habeis tomado con resolucion el partido de Dios contra la Revolucion; si capitulais, los medios por los cuales habreis intentado contenerla ó moderarla no habrán servido sino para dar fuerza á sus ambiciones sacrílegas y exaltar más y más sus salvajes esperanzas.

»Fuerte por vuestra debilidad, contando con vosotros como con sus cómplices, ¿qué digo? como con sus esclavos, ella os mandará la sigais hasta el término de sus empresas abominables. Despues de haberos arrancado concesiones que habrán consternado al mundo, todavía exigirá de vosotros otras que espantarán vuestra conciencia.

»No exageramos hablando así. La Revolucion, mirada no por su parte accidental, sino por aquello que constituye su esencia, es una cosa con la que nada puede compararse, en la série larga de las revoluciones por las cuales ha pasado la humanidad desde el orígen de los tiempos, y que vemos desarrollarse en la historia del mundo.

»La Revolucion es la insurreccion más sacrílega que ha armado la tierra contra el cielo; es el esfuerzo más grande que haya intentado el hombre, no solo para separarse de Dios, sino para ponerse en lugar de Dios.»

La Revolucion no ataca al Papa-Rey sino para acabar más seguramente con el Papa-Pontífice. Comprende, como nosotros, que el Papa-Rey es el Papa independiente en lo material; es el Papa libre para decir toda la verdad, y para fulminar su anatema contra los despojadores y los déspotas, sea cual fuere su potestad y rango. La Revolucion, que bajo la máscara de libertad é igualdad no es otra cosa sino el despojo y el despotismo, no puede tolerar la soberanía pontifical, cuya existencia es para ella cuestion de vida ó muerte.

El Papa, Vicario de Jesucristo, es el enemigo nato de la Revolucion. Los Obispos fieles y los sacerdotes formados segun el corazon de Dios, participan con Él de esta gloria y de este peligro. Ellos viven en medio de los hombres como personificacion de la Iglesia y de la ley de

Dios; y por esto mismo son el blanco del ódio revolucionario. El despojo del dominio temporal seria el golpe postrero dado á la última raíz, que, por la propiedad, liga la Iglesia al suelo de Europa.

M. Bonald decia hace treinta años: La Religion pública está perdida en Europa, si no tiene propiedad; la Europa está perdida, si no tiene Religion pública.»

Uno de los jefes de la *Venta Suprema* de la alta Italia, escribe: «Es preciso descatolizar el mundo; conspiremos solo contra Roma; la Revolucion en la Iglesia es la Revolucion permanente; es la destruccion segura de los tronos y dinastías. No deberia ir confundida con otros proyectos la conspiracion contra la Santa Sede romana.» Los verdaderos católicos, fieles discípulos de Jesucristo, vienen á agruparse alrededor del Papa, de los Obispos y de los sacerdotes, para «combatir el buen combate y conservar la fe.» Cada uno de ellos se esfuerza por rechazar al enemigo y hacer triunfar la buena causa por medio de la oracion, de las obras buenas, por la accion y la palabra, por la polémica, y en fin, por todos los medios legítimos de influencia. Esto es lo que forma el pequeño al mismo tiempo que grandísimo ejército de Jesucristo. El gigante revolucionario se lisonjea de destrozarlo, como en otro tiempo Goliath en frente de David; pero Dios está con nosotros, y nos ha dicho: «No temais, pequeña grey, porque ha sido la voluntad de vuestro Padre el daros la victoria.» Marchemos, pues, y tengamos valor.

Jóvenes, teneis merecido vuestro puesto en nuestras filas. Apresuráos, corred y traed á vuestro divino Maestro el óbolo de vuestra felicidad naciente. En unos tiempos como los que hemos alcanzado, todo cristiano debe ser sol-

dado; y Jesús, al reunirnos bajo la sagrada bandera de su Iglesia, nos dice: «*Qui non est mecum, contra me est:* El que no está conmigo, está contra mí.»

VI.

¿Es posible conciliar la Iglesia y la Revolucion?

No; porque no lo es más que el que se avengan entre sí el bien y el mal, la vida y la muerte, la luz y las tinieblas, el cielo y el infierno. Escuchad lo que dijo en otro tiempo una lógia de carbonarios en un documento secreto: «La Revolucion solo es posible con una condicion: el aniquilamiento del Papado; mientras que Roma exista, todas las conspiraciones del extranjero y revoluciones de Francia no tendrán más que resultados muy secundarios. Aunque débiles como poder temporal, los Papas tienen aun una fuerza moral inmensa. Contra Roma deben dirigirse, pues, todos los esfuerzos de los *amigos de la humanidad*. Con tal de destruirla todos los medios son buenos. Una vez derribado el Papa, naturalmente caerán los demás monarcas.»

Edgard Quinet dice por su parte: «Preciso es que caiga el catolicismo. ¡No haya tregua para el *Injusto!* No se trata solo de combatir el Papado, sino de estirparlo; y no solo estirparlo, sino de deshonrarlo; y no solo de deshonrarlo, sino de hundirlo en el fango.» «En nuestros consejos está decidido, dice la *Venta Suprema*, que no consintamos más cristianos.» Ya antes habia dicho Voltaire: «Aplastemos al infame;» y Lutero: «Lavemos nuestras manos en su sangre.»

La Iglesia proclama los derechos de Dios como principio tutelar de la moralidad humana y de la salvacion de

las sociedades; la Revolucion solo habla de los derechos del hombre, constituyendo una sociedad sin Dios. La Iglesia toma por base la fe, el deber cristiano: la Revolucion ningun caso hace del cristianismo; no cree en Jesucristo: pone la Iglesia á un lado, y se forma no sé qué deberes filantrópicos, que no tienen otra sancion sino el orgullo del *hombre de bien*, y el miedo á los gendarmes. La Iglesia enseña y conserva todos los principios de órden, de autoridad, de justicia: la Revolucion los combate todos, y con el desórden y la arbitrariedad constituye lo que se atreve á llamar el derecho nuevo de las naciones, la civilizacion moderna.

El antagonismo es completo: luchan entre sí la obediencia y la rebeldía, la fe y la incredulidad.

Ninguna conciliacion es posible, y ménos transaccion ni alianza alguna. Quede esto bien impreso en vuestra memoria: que todo cuanto la Revolucion no ha creado la es odioso; que todo cuanto odia, lo destruye. Que se le entregue hoy el poder absoluto, y á pesar de sus protestas será mañana lo que fué ayer y lo que fué siempre: la guerra á muerte contra la religion, la sociedad, la familia. Y no diga que hablando así la calumniamos; ahí están sus palabras y sus obras para probarlo. Acordáos de lo que hizo en 91 y 93 cuando fué dueña del poder.

En esta lucha, uno de los dos partidos será vencido tarde ó temprano, y este será la Revolucion. Puede ser que parezca triunfar por un momento: podrá ganar victorias parciales, primero, porque la sociedad, de cuatro siglos á esta parte, ha cometido en toda Europa enormes faltas que la han atraido un justo castigo; y luego, porque el hombre es siempre libre, y la libertad, aun cuando se abusa de ella, constituye un gran poder. Pero tras el Viérnes